

cion, las distracciones, y mucho menos basta á un ser que dura un dia para resistirse á examinar lo que al fin no es mas que eterno. Esperemos con todo que al menos algunos comprenderán la importancia de semejante exámen, y le emprenderán con aquellas disposiciones del corazón que pueden hacérselo útil. Vivimos en un tiempo en que todo lleva á la reflexion los espiritus sérios. Todo pasa, todo se va, y la tierra huye de nuestros pies: ahora es ó nunca, á mi parecer, cuando nos conviene informarnos si hay ó no para nosotros alguna otra morada.

ENSAYO

SOBRE

LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION.

PARTE TERCERA.

MEDIO GENERAL DADO A LOS HOMBRES PARA

DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

CAPITULO PRIMERO.

DEL FUNDAMENTO DE LA CERTIDUMBRE.

Nada hay que subsista sino por la verdad, porque la verdad es el ser, y fuera de ella nada hay mas que la nada. El deseo de conocer, innato en el hombre, no es otra cosa que el mismo deseo de existir, y como un esfuerzo natural de la in-

1 Véase la *Defensa*, cap. X y XI.

teligencia hácia la vida. De aqui este ardiente deseo de conocer lo verdadero y el gozo vivo y puro que experimentamos al hallarlo. Tiene este sentimiento raíces tan profundas en nosotros, que nada hay que pueda destruirlo, ni aun la pasión depravada del error. No se aborrece la verdad ni se ama el error, sino cuando á fuerza de trabajo llegamos á representarnos el error como verdadero, y la verdad como falsa; cuando, por decirlo así, cubrimos la nada con un vano simulacro del ser, á la manera que se adorna un ataúd con imágenes de la vida y emblemas de la inmortalidad.

Sin embargo cuando queremos tocar el edificio de nuestros conocimientos, sondear curiosamente su base, solo encontramos abismos, y la tenebrosa duda sale de los cimientos del edificio arruinado. El hombre por sus solas fuerzas no puede asegurarse plenamente de ninguna verdad, porque por sus solas fuerzas no puede darse ni conservarse el ser. *El no ve*, dice Montaigne, *el todo de cosa alguna*; y he aquí porque la filosofía, que todo lo quiere ver y comprender, y que constituye la razón de cada hombre juez único de lo que debe creer, viene á parar en el escep-

ticismo universal *, ó en la destrucción absoluta de la verdad y de la inteligencia.

Desde luego que buscamos en nosotros mismos la certidumbre, ya no nos queda medio para evitar este escollo; y esto es lo que es indispensable hacer ver al hombre para humillar su soberbia confianza: es necesario empujarle hasta la nada para que se asombre de sí mismo; es necesario hacerle ver que ni aun sabría probarse su propia existencia como quiere se le pruebe la de Dios; es necesario hacerle perder la confianza en todas sus creencias, aun las más invencibles, y estrechar su razón en la apurada alternativa de vivir por la fe, ó espirar en el vacío.

Más desvanecemos desde ahora el equívoco de esta palabra *razón*, por la cual se designan dos facultades totalmente distintas, y que es peligroso confundir; la facultad de conocer y la facultad

* Esto es lo mismo que ya hemos manifestado por el hecho, mostrando que el herege, el deísta y el ateo, partiendo todos desde el principio de la soberanía de la razón individual, ó no admitiendo como verdadero (haciendo abstracción de toda fe y autoridad) sino lo claro, evidente y demostrado á su razón, se conducen sin poder menos de errores en errores, hácia la duda absoluta.

de raciocinar. La razon, en el primer sentido, es el fondo mismo de nuestra naturaleza inteligente. Ser inteligente ó racional, es, ser capaz de percibir la verdad*; y el hombre tiene mas ó menos razon, ó su razon está mas ó menos ilustrada, es mas ó menos extensa, á proporcion que contiene mas ó menos verdad. Nada importa el modo con que llegamos á conocerla, con tal que estemos ciertos de poseerla. La certeza es la base esencial de la razon: porque estar incierto si se conoce, es no conocer; la duda no es otra cosa que una ignorancia advertida. Por otra parte se puede tener una idea clarísima de una verdad sin comprenderla: así el comprender no es una condicion necesaria de la razon. En efecto, conocemos con certeza ciertas verdades que de ningun modo comprendemos, como la accion de la voluntad sobre los órganos, la transmision ó comunicacion del movimiento y otros mil fenómenos semejantes, y

* No define Tertuliano de otro modo al hombre: *Animal rationale, sensus et scientiæ capacissimum*. De Testim. animæ. cap. I.

† Véase la *Defensa*, cap. XI.

cualquiera que haya meditado sobre el entendimiento humano, confesará sin titubear que nada concebimos perfectamente.

La razon en el segundo sentido es aquella operacion del alma, por la cual comparando verdades conocidas, descubrimos sus relaciones y deducimos consecuencias. Así cuando decimos que la razon nos engaña, cuando compadecemos su debilidad y errores, no debe esto entenderse de la facultad de conocer, ó de la razon propiamente dicha, sino de la facultad de raciocinar; facultades tan diferentes, que la perfeccion de la razon, ó el conocimiento completo de la verdad, excluye el raciocinio; porque raciocinar es buscar; y no se busca lo que se tiene, lo que se percibe plenamente por una intuicion clara*.

Esto supuesto, nuestro primer cuidado debe ser asegurarnos si existe un medio de conocer

* El raciocinio y la razon son dos cosas tan esencialmente diferentes que segun Hume, « el mayor fin de todas las investigaciones y disputas de los escépticos, es destruir la razon por el raciocinio y argumento. » *The grand scope of all the inquiries and disputes of the sceptics is, to destroy reason by ratiocination and argument*. Philosoph. Essays. VIII, p. 245.

ciertamente, y cual es este medio; de otro modo, careciendo de base nuestra razon, nos seria preciso dudar de todo sin excepcion. Mas los únicos medios que para conocer, hallamos en nosotros son los sentidos, el sentimiento y el raciocinio¹. El uno de estos sistemas pone en los sentidos el principio de certeza; este es el materialismo enseñado por Locke, que es su padre: el segundo le pone en el sentimiento, cual es el idealismo, enseñado desde luego por Berkeley, y mas peligrosamente despues por Kant: el tercero en el discurso; y es el dogmatismo moderno, ú el cartesianismo, que reina ya casi dos siglos ha en la escuela. Examinemos estos tres sistemas y veamos, pues, si nos darán la certeza que tan esencialmente nos importa obtener².

Es entre todas las filosofías la menos sólida aquella que refiere á los sentidos el origen de nuestros conocimientos, y hace derivarse de las sensaciones hasta las ideas mismas: porque, ¿qué es lo que nos pueden decir de cierto nuestros

¹ Véase la *Defensa*, cap. XI.

² *Ibid.* cap. X.

sentidos, ya sea acerca de nosotros mismos, ya sea sobre los demas seres? ¿Qué nos atreveremos á afirmar sobre su testimonio? La primera leccion que ellos nos dan es que no nos fíemos. Cada uno de ellos tomado por sí solo nos engaña con ilusiones vanas; á cada paso se convencen mutuamente de impostura; y cuando modificando una por otra sus diversas relaciones, llegamos á conciliarlos en un punto, ¿qué seguridad tenemos de que este punto en vez de ser una verdad no sea un error comun? ¿Por qué, engañándonos separadamente, no nos engañarian juntos? Les preguntamos separadamente como á testigos sospechosos, á quienes mil veces hemos cogido en mentira, los careamos, comparamos sus deposiciones discordes y pretendemos conciliarlas; pero aun cuando siempre lo consiguiésemos, ¿habriamos por eso adelantado mucho? ¿Quién nos asegura de que un sexto sentido no turbaria su concordia por un testimonio contrario? ¿En qué nos fundariamos para negarlo? Supongamos por un momento en nosotros, sentidos diferentes de aquellos con que nos dotó naturaleza, ¿no serian tambien diferentes nuestras

sensaciones é ideas? Puede ser que una ligera modificacion de nuestros órganos bastase para arruinar toda nuestra ciencia. Puede ser haya seres de tal modo organizados que, siendo sus sensaciones en un todo opuestas á las nuestras, lo que es verdad para nosotros sea falso para ellos, y recíprocamente. Porque al fin, si se observa con atencion, ¿qué relacion necesaria hay entre vuestras sensaciones y la realidad de las cosas? Y aun quando existiese tal relacion, ¿cómo nos la harán ver los sentidos? Yo veo en mis sensaciones una cadena de fenómenos cuya naturaleza y causa me son igualmente desconocidas, y de los cuales por consiguiente nada puedo concluir. ¿Qué cosa es sentir? ¿quién lo sabe? ¿Yo mismo estoy cierto de que siento? ¿Qué otra prueba tengo mas que mi misma sensacion ó, mejor diré, yo no sé qué creencia muchas veces engañosa, pues que durante el sueño me sucede creer experimentar una sensacion de placer ó de dolor, cuya ilusion conozco al despertarme? ¿qué digo al despertarme? ¿Y no será esto mismo una nueva ilusion, un sueño que sucede á otros sueños? El si y el no tienen sus visos de

verdad; y cualquiera que demostrase que la vida entera no es un sueño, un desvarío, una quimera indefinible, haria mas que han podido hacer hasta hoy todos los filósofos. En tan extrañas perplejidades, lo que á mi me parece menos dudoso es que mis sensaciones, si las tengo, están en mi; que están muchas veces sin ser producidas por ninguna causa externa; y que así no hay entre ellas y el objeto real ó presunto á que yo las refiero, enlace ó ligazon alguna necesaria. Yo no puedo por tanto asegurarme por mis sentidos de la existencia de los objetos exteriores, de la existencia de mi propio cuerpo, ni aun de la de mis sentidos, en cuyo testimonio se fundan todos mis conocimientos. ¿Qué tropel de obscuridades! ¿Qué caos! Todo cuanto existe, dicen, es materia; y helos aqui obligados al punto á confesar que la existencia de la materia no es mas que una simple probabilidad*. Luego ni aun es-

* Esto es lo que claramente dicen Helvecio y Condorcet. Véase la obra de este último, titulada *Essai sur l'application de l'analyse à la probabilité des décisions rendues à la pluralité des voix*. Disc. prelim., p. 42. — D'Alembert juzgaba cosa imposible responder á las objeciones de Berkeley contra la existencia de los

tán ciertos ellos mismos de que existen; y tragándose la duda hasta el fondo mas íntimo de su

cuerpos.—Hume, desechando á un tiempo el testimonio de los sentidos y la evidencia del sentimiento íntimo, se ve obligado á negar la existencia de la materia y la de las substancias espirituales.—Un filósofo de nuestros días ha llegado por principios análogos casi á la misma conclusion: «Contentémonos,» dice, «con saber existen «*apariencias físicas* á que llamamos *cuerpos*, porque sentimos la «*resistencia*, y no tratemos de adivinar su origen ni definirlos. «Sin la revelacion, seria tambien nuestra alma una abstraccion «*metafísica*, de la que no tendríamos ninguna idea; mucho menos «aun podríamos suponerla inmortal. La razon humana no se extiende á tanto.» (*Lettres américaines*, par M. le comte J.-R. Carli; prol. del traduct, pág. X.)—Segun Kant, Dios, el universo, el alma, no pueden ser conocidos por nosotros. El no ve en los cuerpos mas que puros fenómenos: nosotros no sabemos lo que son, sino solamente lo que nos parecen ser. (*Kritik der reinen Vernunft*, pág. 306, 318, 327.) Nuestro propio Yo considerado como objeto no es tampoco para nosotros mas que un fenómeno, una apariencia. Nada podemos saber de su esencia íntima. (*Ibid.* pág. 153 157, 399, etc.) Claro es que, en este sistema, ninguno puede afirmar que él mismo existe. Aquellos que se asombrasen de tal exceso de extravagancia, verán mas adelante, que este es el resultado necesario de toda filosofía que no considera sino al hombre solo. Los discípulos todos de Kant se alejan mucho de su doctrina, sin estar tampoco de acuerdo entre sí, ó sin poder jamas salir del escepticismo. No hay extremo alguno en que no hayan caido. En la obra titulada *Del Yo, como principio de la filosofía, ó del Absoluto en la ciencia humana*, Schelling enseña el panteísmo tan abiertamente como Espinosa. «El Yo,» dice él, «incluye la «*existencia toda, toda la realidad*. Si hubiera fuera de él alguna

ser, no les queda otra verdad, otra ciencia, que esta palabra, la cual tambien, si la entienden

«*cosa*, seria un absoluto; lo que es absurdo. Este Yo, por «*consecuencia*, es infinito, indivisible, así como tambien «*inmutable*. Si la substancia es un absoluto, el Yo es la única «*substancia*; donde habrá muchas substancias, habrá un Yo fuera del Yo; consecuencia evidentemente contradictoria. Todo «*lo que existe está en el Yo; fuera del Yo está la nada*. Si el Yo es «*la sola substancia*, todo lo que existe no es mas que un accidente del Yo.» Si se quiere ver lo ridiculo reunido al absurdo, oigase al mismo: «En la teoría,» dice, «Dios es Yo.—No-Yo; en «*la práctica*, es el Yo absoluto que destruye al No-Yo.» Por otra parte sostiene «que el principio fundamental del kantismo; *Yo soy*, está vacío de sentido.» (*Lettres philosophiques sur le dogmatisme et le criticisme*.)—Fichte substituyó al Yo absoluto de Schelling el Yo contemplativo, que le conduce con no menos prisa al escepticismo universal. Cejó al ver este abismo, y merece una séria atencion el medio de que se valió para evitarle. Oigamos sus mismas palabras, tales cuales las dice uno de los que oían sus lecciones de filosofía en Erlang: «Subiendo de duda en duda, de pregunta en pregunta, he llegado, agobiado del cansancio, hasta el último peldaño de la escalera, mas arriba del cual no halló mi mano mas que la nada «*de las ilusiones*. Quiero ponerme de buena fe en el rincón, «*donde tranquilamente descansa mi pensamiento*, abandonando «*estas vanas dificultades*; allí es donde me conduce aquella fuerza interior que me sostiene. He hallado este sexto órgano, por «*el que me tengo apoderado de la realidad de las cosas*. ¿Cuál «*es este? Es una creencia tranquila*; es un pensamiento que se «*presenta naturalmente*, y se une con mi destino. *Esta creencia «viene del sentimiento, y no de la ciencia*.; No os acerqueis mas

como deben, no pronunciarán sino con desconfianza y titubeando: Es probable que yo soy.

El sentimiento, y bajo este nombre comprendo la evidencia, no es prueba mas cierta de verdad que las sensaciones. ¿De cuán diversos modos no afecta una misma idea á los hombres, y algunas veces á un mismo hombre en diferentes tiempos? El sentimiento de lo verdadero y falso, del bien y del mal varía segun las circunstancias, los intereses y las pasiones. No hay cosa alguna que sea tan evidente para nosotros hoy, que podamos contar no encontrarla mañana obscura ó errónea. Un no sé qué arrebatá á la ventura nuestro asenso, y con un ciego impulso nos hace rodar en un círculo eterno de evidencias contradictorias. Sucederá, sin que sepamos como, que, en nuestra flaqueza y tinieblas, una idea, cuya naturaleza y origen nos son descono-

« á mí, para hablarme de vuestras vanas disputas! nada ganariais en ello; estais muy bajos del manantial de donde yo saco mi persuasion. Tendréis el mismo modo de pensar que yo, si estais de buena fe. *Nacemos todos en la creencia*; el que es ciego la obedece sin ver; el que tiene ojos la sigue viéndola. » *Essai sur les élémens de la Philosophie, par G. Gley, p. 146.*

cidos, sujete repentinamente nuestra alma y se apodere de ella; al punto nos postramos como esclavos delante de esta idea que nos ha conquistado; y porque no hemos sabido resistirla, la declaramos irresistible; la coronamos, y, me atrevo á decir, la consagramos reina de nuestro entendimiento. No tiene otro derecho á la sumision de nuestro espíritu todo lo que llamamos axioma.

La fuerza con que el sentimiento nos arrastra, nada prueba en favor de los principios que apoyados en su autoridad adoptamos; porque ¿quién nos asegura que aquel es una regla infalible de lo verdadero? Por el contrario, sabemos que nos extravia con frecuencia, pues que se contradice tambien con frecuencia, siendo igualmente invencible de cualquier lado que se incline. Por otra parte ¿qué es él en sí mismo? ¿cuáles son las causas que le determinan? ¿están en nosotros ó fuera de nosotros? ¿Varian ó son inmutables? ¿son ciegas ó inteligentes? Todas estas son cuestiones que el sentimiento no resuelve, y de cuya solucion sin embargo depende la certeza de los primeros principios. Nos apoyamos y descansa-

mos en ellos, mas bien por debilidad que por un juicio ilustrado; y ni aun sabemos si, pareciéndonos invariables, varían con todo incesantemente, así como nosotros: al modo que la disposición de los objetos debe variar para producir el mismo fenómeno de óptica, según la posición del observador y las diversas modificaciones de sus órganos; consideración que nos conduce á concebir la posibilidad de que nuestros sentimientos mas íntimos, y nuestros principios mas evidentes no sean mas que puras ilusiones.

Consiento no obstante en reconocer en ellos alguna realidad con respecto á nosotros; yo quiero que sintamos verdaderamente lo que nos figuramos sentir; ¿qué se sigue de aquí? ¿qué estamos mas cerca del término á que nos dirigimos? Lo que sentimos lo sentimos en nosotros mismos; nuestros sentimientos no tienen relación necesaria sino con nosotros; nada hay que demuestre que ellos son otra cosa que simples modos de nuestro ser; nada hay que demuestre que la conciencia del bien y del mal, de lo verdadero y falso, sea determinada por una causa externa, inmutable, y que no dependa únicamente de nues-

tra naturaleza particular, en una palabra, nada hay que demuestre que hay verdades esenciales, ni que háya algo fuera de nosotros*.

¿Quién no se horrorizaria de verse perdido en esta vasta ignorancia, incierto de todo y hasta de sí mismo? Porque, no olvidemos que yo no he admitido bajo ciertos respectos la realidad de nuestros sentimientos, sino por una suposición enteramente gratuita. En el fondo, no tenemos prueba alguna. El sentimiento no es prueba, pues que es lo primero que es necesario probar. Así nosotros no estamos mas seguros de nuestros sentimientos que de nuestras sensaciones, y todo nuestro ser se nos escapa sin que podamos retenerle. Dirémos *yo siento*, dirémos *yo soy ó existo*; no por eso dejaremos de estar en la imposibilidad eterna de demostrarnos á nosotros mismos que sentimos y existimos: ¡tan natural nos es la

* No hay union alguna necesaria entre la idea de una cosa contingente y su existencia real. Dios mismo no conoce la existencia de los seres creados, por la idea que le representa esencialmente estos seres: pues que esta idea es eterna. El sabe que existen porque conoce sus voluntades, única causa eficiente de la existencia de ellos.

nada y tanto nos estrecha por todas partes!

Inútilmente llamamos á nuestro socorro el raciocinio: ¡qué barrera tan frágil contra la duda! diré mejor: es un torrente impetuoso que rompe todos los diques, arrastra y sumerge toda certeza cuando llega á rebosar y derramarse sobre nuestros conocimientos. Nada hay que lo detenga, nada que le resista; trastorna la misma naturaleza. ¿Qué verdad ha dejado intacta el raciocinio? ¿qué cosa hay que no se afirme ó niegue con su auxilio? El sirve y hace traicion indiferentemente á todas las causas; quita y da el imperio á todas las opiniones. Cada siglo, cada país, cada hombre tiene las suyas, tan inconstantes como los desvaríos del sueño, y muchas veces opuestas entre sí. Se las ve brillar por un instante como ligeros metéoros, y sepultarse otra vez en una noche eterna. Nosotros nos reímos de las ideas de nuestros padres, como ellos se habían reído de los pensamientos de los suyos, y como nuestros hijos se reirán de nuestras opiniones. ¿Qué es pues lo verdadero, y qué viene á ser lo falso? Esto es convincente, dice uno; no hay cosa mas absurda, responde otro: ¿quién

será juez entre los dos? Si hay alguno, que se presente y nos muestre sus títulos.

Se puede sostener todo, negarlo todo, y esto hasta sin recurrir á principios diversos; porque no hay uno del que no se deduzcan consecuencias contrarias. Partiendo de un mismo punto dos espíritus, y caminando á un mismo fin, no podrian dar cuatro pasos sin separarse. ¿Qué digo yo? Nuestro propio espíritu, discorde consigo mismo, adopta y desecha de un momento á otro el mismo juicio con la misma plena persuasion, que ninguna mutacion, por repentina que sea, desconcierta. ¡O extraña inestabilidad! Todo pasa al través del entendimiento, pero nada permanece; y él mismo, vacilando sobre su desconocida base, se asemeja á una casa ruinoso que sus habitantes se dan prisa á abandonar. He aquí nuestro estado lleno de obscuridad, ignorancia é incertidumbre. No sé qué poder fatal se burla desdeñosamente de nuestra razon, la lleva y trae en todos sentidos por tinieblas impenetrables, luego que se separa ella de la razon comun.

No es posible resistir la profunda compasion.

que inspira la vista de una flaqueza tan extrema é incurable. Y sin embargo esta razon altanera se atreverá á jactarse de su grandeza, y engreirse insolentemente en medio de sus dominios fantásticos é imaginarias riquezas. Hagámosla ya sentir y conocer su prodigiosa miseria; despojémosla, como á un rey de teatro, de sus vestidos usurpados, para que viéndose tal cual es, desnuda, enferma, desfallecida, aprenda á humillarse y avergonzarse de su presuncion extravagante.

No es necesario haber meditado mucho sobre sí mismo, para saber cuan fácilmente el hombre se deja seducir por las apariencias mas ligeras de verdad; y lo que él llama desengañarse, no es muchas veces otra cosa que ceder á otras no menos vanas apariencias. La vida no es mas que una larga experiencia de lo insubstancial de nuestros juicios, que los intereses y las pasiones alteran, y que el tiempo, solo y sin ninguna otra causa, muda y desnaturaliza enteramente. Sometidos al influjo de todo lo que nos rodea y dependientes de nuestra organizacion misma, nuestros gustos, nuestras inclinaciones, nuestros afectos y odios, la enfermedad, la salud, el sol

que se oculta ó que resplandece; una nube que pasa, modifican de mil maneras y determinan, sin que lo advirtamos, nuestros juicios. De aqui la perpetua fluctuacion de ideas, de sentimientos contrarios que cada uno, si se observa, encontrará en sí mismo. La verdad y el error sin fundamento alguno en nuestro espiritu se parecen á las ondas movibles que, cediendo al menor viento, se cruzan, se mezclan, se confunden y vienen á romper incesantemente en una misma orilla.

« Todo nuestro raciocinio, » dice Pascal, « se reduce á ceder al sentimiento. Mas la fantasia es semejante y contraria al sentimiento; semejante, porque no raciocina; contraria, porque es falsa: de modo que es dificultosísimo distinguir entre estos contrarios. El uno dice que mi sentimiento es fantasia, y que su fantasia es sentimiento; y yo digo otro tanto por mi parte. Es indispensable una regla. La razon se presenta; mas se acomoda á todos los sentidos, y asi, no la hay. »

¹ *Pensamientos de Pascal*, t. II.

No se raciocina sino sobre lo que se conoce : nosotros nada conocemos sino incierta é imperfectamente ; luego nuestros raciocinios participan de la incertidumbre é imperfeccion de nuestros conocimientos. Hay mas : la razon versátil y limitada , añadiendo sus propias tinieblas á las que ya cubren las nociones sobre que ella opera , aumenta la incertidumbre y multiplica indefinidamente las variaciones del error.

No es esto todo : la certeza que se deduce del raciocinio está sujeta á dificultades mucho mas terribles. Porque, cuando nuestro espíritu compara , infiere, concluye, ¿ qué hace sino trabajar sobre los materiales de que le ha provisto la memoria ? Abandonado enteramente al capricho de esta facultad misteriosa , dispone y combina las ideas que de ella recibe ciegamente. Mas careciendo de todo medio para comprobar sus relaciones, no podemos asegurarnos de que nuestras reminiscencias no sean puras ilusiones. La memoria sola atestigua la fidelidad de la memoria. Creemos su testimonio hasta sin sombra alguna de prueba ; y el juicio con que, ligando nuestra existencia presente á la pasada , pronunciamos ,

que somos el mismo ser idéntico , á quien sucesivamente han afectado (ú ocupado) tales pensamientos , es un acto de fe tan profundo , tan riguroso , tan desnudo de motivos racionales que determinen, que apenas puede comprenderse sea posible este acto al hombre.

Así no tenemos certeza alguna de que la memoria no nos engaña : sabemos solamente que , si nos engaña , nuestra razon no es mas que una quimera , una parodia ridícula de no sé qué inteligencia superior , cuya falta parece sentimos y cuya necesidad concebimos , al mismo tiempo que una fuerza invencible embarga y conserva nuestra propia inteligencia en una obscuridad inquietadora , que la obliga por fuerza á dudar de sí misma.

Añádase á esto la impotencia absoluta de raciocinar , si no se parte de un primer principio que se supone sin demostrarlo , de un axioma que por convenio se llama evidente , pero que puede no serlo , y , como ya lo he hecho ver , ser un error mas ó menos invencible para nosotros. Así nuestra lógica carece de base ; se apoya únicamente en hipótesis gratuitas , y es tan dudosa ella